

SEGUNDO LUGAR

Nombre: Gael Palomares Salgado

"La igualdad"

Había una vez... un niño muy lindo, era muy tierno, buen hijo, nunca hacía ninguna travesura; delgado, cabello negro, ojos pequeños color cafés, piel morena clara, nariz pequeña y respingada, boca chica, llamado Carlitos. Este niño vivía con sus padres, los señores Alfredo y Violeta Aguilar. Ellos eran una familia modesta que vivía en un pobre barrio de la Ciudad de México. Aparte de Carlitos, tenían otra hija de seis años llamada Miriam.

Ellos sufrían mucho no sólo por ser pobres, sino también porque su hijo Carlitos de diez años no podía caminar. Había nacido con un mal en sus piernas y en ninguna escuela del barrio lo aceptaban, y las escuelas para niños especiales quedaban muy lejos.

—¿Cómo le vamos a hacer? Carlitos desea mucho ir a la escuela, pero no lo aceptan— le decía la señora Violeta a su esposo Alfredo.

—Bueno, yo iré a hablar con la directora de la primaria en donde va Miriam y a ver si consigo que lo acepten— comentaba el señor Alfredo.

Y así, el señor Aguilar fue a hablar con la directora Vanesa Sánchez.

—Buenos días señora directora, soy Alfredo Aguilar y quisiera hablar de algo muy importante con usted— le decía el señor Aguilar a la directora.

—Sí señor, dígame, ¿qué se le ofrece?

—Mire señora, es que mi hijo Carlitos tiene muchas ganas de asistir a la escuela, sólo que él no puede caminar y quisiera saber si en ésta escuela lo aceptan— comentaba el señor Aguilar.

—Mmmm... Bueno, está bien, y ¿qué edad tiene Carlitos?— decía la directora.

—Ah, él tiene 10 años, pero ya va algo adelantado: sabe leer, escribir, sumar, restar, multiplicar, dividir, bueno, él sabe mucho— comentaba muy entusiasmado el señor Aguilar.

—Está bien, lo pondremos en el quinto "A" con la maestra Cecilia Mariscal, ella es una buena maestra y sabrá ayudar a su hijo. Tráigalo a la escuela el próximo lunes— decía la directora.

—Muchas gracias, le agradezco mucho.

Al llegar a su casa, el señor Alfredo le dio la buena noticia a Carlitos.

—Hijito, el próximo lunes asistirás a la misma escuela que tu hermana— le comentaba muy entusiasmado a su hijo.

— ¿En serio papá? ¡Qué alegría!— gritaba muy alegre al saber la noticia.

Carlitos fue a decirle a su hermana Miriam:

—Hermanita, adivina, el lunes voy a ir a tu misma escuela a estudiar— le decía a Miriam.

— ¿Qué? Qué horror, mis amigas se van a burlar de mí. Ah no, no les digas que tú eres mi hermano— decía Miriam.

Carlitos se puso muy triste con lo que le dijo su hermana, pero no se desanimó y el lunes fue a la escuela.

Al llegar al salón de clases lo recibió su maestra y lo llevó hasta el frente y lo presentó ante el grupo:

—Niños, saluden a su nuevo compañero llamado Carlos Aguilar, él es un niño muy especial así que pido toda su ayuda para con él y que le brinden su amistad— les decía la maestra Cecilia, pero sus compañeros se portaron muy mal sólo porque no podía caminar.

—Yo no me voy a llevar con ese paralítico— decía una de sus compañeras llamada Valeria.

—Sí, tienes razón, es un estorbo, no sirve para nada— comentaba Luis.

Y así, todos sus compañeros opinaban muy mal de él y todos esos comentarios llegaron a oídos de Carlitos, pero él no se desanimó. Hasta que cierto día Pepe, uno de sus compañeros, lo empujó en su silla de ruedas, todo porque Carlitos quería jugar con ellos. Carlitos decidió ya no ir nunca a la escuela y sus padres respetaron su decisión.

Pero un día la maestra Cecilia Mariscal, fue a visitarlo cuando sus padres no estaban:

—Hola Carlos. Niño, dime por qué ya no quieres ir a la escuela— le preguntaba la maestra Cecilia.

—Es que mis compañeros no me quieren porque no puedo caminar, dicen que soy un estorbo y un paralítico, hasta mi hermana se avergüenza de mí— le respondía Carlitos.

—Pero yo no me avergüenzo de ti, ¿sabes? Yo creo que tú eres un gran alumno, y si tus compañeros no te quieren es por envidiosos— comentaba la maestra.

—Ay maestra, ¿envidiosos por qué?— preguntaba Carlitos.

—Ah, porque eres muy inteligente y no necesitas piernas, porque tienes alas para volar y sé que tú quieres ser un gran arquitecto, pues puedes lograrlo, tienes que volver a la escuela para que no les des el gusto a los que se burlaron de ti. Te aseguro que llegarás muy alto si te lo propones, el camino va a ser muy difícil pero es porque la gente todavía no conoce el valor de la igualdad y se creen superiores a los demás— trataba de convencerlo la maestra Cecilia.

—Bueno, está bien, mañana voy a la escuela— decía Carlitos.

A la mañana siguiente su mamá lo llevó a la escuela y la maestra Cecilia lo estaba esperando en la puerta.

—Buenos días, yo soy la maestra de su hijo— le decía la maestra Cecilia a la señora Violeta.

—Ah, usted es la famosa maestra Cecilia. Es muy bonita como dice mi hijo— le decía la mamá de Carlitos.

Y en verdad lo era, era una señora muy bonita como de 50 años, cabello no muy largo color castaño, piel blanca, ojos color miel, nariz pequeña, alta y delgada pero además era una gran maestra.

—Ay señora, muchas gracias— decía la maestra.

—No maestra, gracias a usted por haber hablado con Carlitos y entusiasmarlo de volver a la escuela— le comentaba la señora Violeta.

—Mire señora, yo nunca abandono a los alumnos como Carlitos, que tienen un gran futuro ya que él es muy inteligente y buen alumno— decía la maestra Cecilia.

Al entrar al salón los demás alumnos se sorprendieron al ver a Carlitos.

—Niños, miren, Carlitos volvió a la escuela y además me comentó lo que ustedes le hicieron. Miren niños, creo que a ustedes les falta aprender el valor de la igualdad. No importa cómo seamos físicamente: gordos o flacos, altos o chaparros, feos o guapos, todos somos seres humanos y me parece de muy mal gusto lo que le hicieron a Carlitos. Él también puede superarse, ser alguien en la vida, puede jugar como todos ustedes, y les pido de favor que le ofrezcan una disculpa y un gran aplauso por lo valiente que es y para que lo apoyemos a seguir estudiando— les decía la maestra. Todos sus compañeros le ofrecieron una disculpa y junto con la maestra le brindaron un aplauso. Carlitos se llevó muy bien con sus compañeros, llegó a ser un gran arquitecto, se casó, tiene 3 hijos, es el orgullo de sus padres. Su invalidez no fue obstáculo para lograr lo que quería y vivió feliz por siempre.